Año XIV 31 Octubre 1874. Núm. 3935.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes . . . . 8 rs.
Trimestre. . . . 24.
FUERA DE ELLA.
Trimestre.. . 30.
NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

# EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

CARTAGENA ILUSTRADA
Trimestre, 28 rs.
Fuerald. . . 34.
NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscricion.
CARTAGENA
Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÈPOCA.)

Madrid y Provincias
corresponsales
de la casa SAAVEDRA.

## Sábado 31 de Octubre.

## El Eco de Cartagena.

Ni los hombres públicos son dignos de la reputacion de tales, ni los pueblos son dignos de la libertad, sino á condicion de poseer, entre otras cualidades de no menor importancia, esa virtud, rarísima en nuestros dias, que se llama valor cívico, por la cual se sacrifican en aras del propio convencimiento, hasta los placeres inefables que produce el áura popular, y se desafian bizarramente las injurias de los contrarios como las dudas de los amigos. Sostener, aunque sea en el mas absoluto aislamiento, lo que se cree justo, bueno y útil para la patria, es empresa difícil, y suele poner miedo aun en los corazones mas impávidos y atrevidos; pero si se carece de ese valor, mas alto, y estimable que aquel otro que estremece el corazon y enardece la sangre en medio del vèrtigo de las batallas y de los estragos de la muerte, no es posible vivir la noble, la ilustre, la magestuosa y augusta vida de la libertad, porque nada hay entonces tan fácil como caer en la ignominia de la servidumbre, en la mas fea y torpe de las servidumbres en la servidumbre de las pasiones groseras, que frecuentemente es lo que levanta en oleaje imponente à las multitudes ardientes é ignorantes, como los vientos de ciertas épocas convierten en montañas estruendosas de espuma, las olas poco ántes sosegadas y hermosas del mar.

Y así acontece sin duda y constantemente en los pueblos donde el nivel moral é intelectual se encuentra á pocos grados sobre cero, como sucede en el pueblo español. Efectivamente: nada hay aquí mas comun que la costumbre de rendir culto idólatra y torpe al éxito. Vence un caudillo de fortuna, pues allí están para adularle miserablemente; los que no saben vivir del trabajo, sinó el presupuesto, y allí tambien los parientes de los aduladores; cae el vencedor, pues, esos aduladores le olvidan al punto; para quemar el incienso pestilente de sus lisonjas y de su envilecimiento á los pies del nuevo ídolo.

Y como la universalidad del hecho produce cierto encallecimiento en la sensibilidad, paulatina y casi insensiblemente vánse perdiendo la virginidad del alma; la castidad de la inteligencia y la pureza general de las costumbres. Así ès que al hombre sério, honrado en toda la estension de la palabra y que no transige con ninguna flexibilidad indecorosa, suele llamársele tonto. Y así es tambien cómo, aburridos por la algarabía de los postulantes políticos y abatidos por los desencántos y la desesperacion, los hombres honrados, el pacífico propietario, el activo comerciante, el laborioso industrial retíranse al seno silencioso de su família y dejan libre el campo à los alborotadores, aunque pagándoles el tributo, muy caro por cierto, de su indolencia y de su descorazonamiento.

Y aun no es eso lo peor: acontece tambien que esas mismas gentes que todo lo sacrifican à su sosiego personal, hasta sus opiniones, sus gustos y sus creencias, suelen sentir la tentacion de la vanidad, ó la necesidad de algun favor administrativo en sus intereses materiales: y entonces sin reparar en las peligrosas consecuencias de su conducta, muestranse amigos de los unos como de los otros, de los verdes como de los azules, resultando la grave dificultad de ser punto menos que imposible el discernir cual es la direccion verdadera de la opinion pública.

Triste y abrumador es el cuadro que trazamos del estado moral del país, pero si no es verdadero, confesamos que no se nos alcanza cómo pueden esplicarse esas transformaciones instántaneas y diarias de la opinion, hoy manifestándose amiga de los monárquicos, mañana de los republicanos, conservadora un dia, radical otro, federal al siguiente, sin seriedad, sin fijeza, sin autoridad moral por lo mismo, siempre servilmente dócil à la voluntad del partido que manda.

Y como los partidos saben esto por una dilatada y no interrumpida observacion, de ahí que todos tiendan hàcia los procedimientos de la violencia, plenamente seguros de que el país ha de sancionar despues su victoria. Hé aquí porque los vencidos protestan contra la legitimidad que los vencedores se atribuyen, y por qué recusan la autoridad de sus Congresos, llamándoles, no sin fundamento ni propiedad, Congresos de partido.

Las almas nobles, rectas y de verdadero espíritu liberal se indignan en presencia de semejantes escándalos; pero los que se nutren de estos, levantan espantosa griteria contra los hombres que varonilmente les contradicen, y les llaman reaccionarios, y les injurian, y no dejan reputacion libre de sus viles y embozadas calumnias, y arrojan á la multitud crédula y sencilla promesas irrealizables, pero que las seducen, y propenden à convertir hasta el ejército, que debe estar alejado por completo de la política.

¿No es esta la cuotidiana experiencia de muchos años à esta parte? Pues así es imposible la libertad, porque la libertad es de todo punto incompatible con la violencia; quien habla de la libertad, practicàndola de ese modo, dice sencillamente una blasfemia. La libertad no se impone jamás por la fuerza, que deja en los vencidos el sello de la humillacion y el rencor del vecindario; la libertad debe prevalecer solamente por los medios que le son propios, por la persuacion, por el convencimiento de que ella constituye el orígen divino de la dignidad humana, por el amor á esa misma dignidad, por la conciencia de que es igualmente sagrada en todos los hombres, y que presupone lógica y necesariamente la idea del respeto mútuo entre ellos, que es la esencia de la ley moral del deber. Mientras se suprima ó se eclipse esta, en el mundo no habrà libertad ni justicia; no habrà sino dictaduras, personales ó parlamentarias, que la forma y el ropaje que tomen es cosa accidentalmente y secundaria.

Hé aquí la inteligencia de la libertad en todos los pueblos que sabiéndola practicar, no profanàndola, se hacen dignos de ella. Desde la revolucion de 1688, en cuya época habian aprendido ya los ingleses el funesto influjo que tuvo la intervencion diaria y el predominio del ejército en la política, ora à las órdenes de Cromwell, ora á las de Monk, no se les ha vuelto à ocurrir el facilitarle nuevamente esa interveucion y para conseguirlo, jamás han pensado en turbar el órden público con motines ni conspiraciones. La libertad en ellos es mas ámplia todavia que entre los norte americanos; ni sus tradiciones, ni sus clases sociales, ni la autoridad pública como el pueblo inglés. Si los ingisses desean una libertad màs, ni se impacientan ni se amotinan, ni seducen y desmoralizan su ejército: la discuten; y cuando su conveniencia se ha filtrado en la conciencia pública, la realizan sin violencias, y lo que es mejor todavia, la dan estabilidad, porque la hacen grata para todos y la encarnan en las costumbres.

En esa grande escuela, en ese ilustre modelo aprendieron la libertad aquellos famosos patriarcas de ella en España durante los comienzos de este siglo, y así quisieron practicarla los conservadores de entonces, á quien tan cumplida y justamente elogia el insigne Quintana en sus interesantes «Cartas à lord Holland;» y en ese espíritu se inspiraron tambien los grandes patriotas de 1820 como de 1837. ¡Lástima, y làstima grande, que Riego y sus exaltados, en la primera época, hayan tenido despues émulos y continuadores, como hoy sucede con los radicales. ¡Lástima, y làstima grande, que el tumulto de las pasiones haya hecho caer despues à todos nuestros partidos en funestas desviaciones de su mision y de su deber! Desde ese dia nefasto, no ha habido realmente en España sinó las exterioridades, las formas, las apariencias de la libertad; y en el fondo, en la esencia, la tirania ava-